

El Testimonio Personal de Luis Alberto Sánchez

Memorias inevitables de un americano del siglo XX

Martín Bergel*

No puedo evitar que este libro contenga algo de autobiográfico. El tema lo requiere. Nacido yo en 1900 —el proceso de lo que entonces encarnaba el espíritu de América es parte de mi propio proceso. Me es imposible enjuiciarlo, sin participar, yo mismo —como acusado, como relator y como fiscal— en tan apasionante asunto.

Luis Alberto Sánchez, **Balance y Liquidación del Novecientos**

Introducción

Las palabras que Luis Alberto Sánchez elige para comenzar **Balance y Liquidación del Novecientos**, uno de sus libros más reconocidos, son una muestra de un ímpetu autobiográfico que se detecta en numerosos recovecos de su vastísima obra escrita. Como sucede con frecuencia en la escritura memorialística, en el caso de Sánchez la que da cuerpo a su autobiografía oficial se vio anunciada o ratificada en numerosos textos suyos anteriores y posteriores. Se observa, por ejemplo, en el inicio de su **Valdelomar o la "Belle Epoque"**.¹ Se encuentra también, y más ostensiblemente, en libros en los que registra escenas de su primera estancia en los Estados Unidos, en 1941-1942, o en los que recoge, ya en los años '70, remembranzas de su destierro en Chile cuando las presidencias de Benavides y Prado en el Perú de cuarenta años antes.² Se constata, igualmente, en la prolongadísima serie de postales y vivencias que llamó "Cuaderno de Bitácora", y que publicó semanalmente durante décadas en el diario **El Tiempo** de Bogotá y otros varios órganos de prensa del continente.³

Las memorias de Sánchez, publicadas entre 1969 y 1987 en volúmenes sucesivos bajo el título de **Testimonio Personal**, parecen ser en consecuencia la decantación inevitable de una tendencia que lo habitaba desde temprano. Un sesgo que surge, ante todo, de su notable vocación por la escritura. Nacido en Lima el 12 de octubre de 1900 y fallecido en la misma ciudad 94 años más tarde, Sánchez fue autor de más de cien libros y de una cantidad indescifrable de artículos dispersos en periódicos y revistas de toda América Latina y aún más allá. Su correspondencia también es singularmente copiosa. El gran historiador peruano Alberto Flores Galindo advertía irónicamente en esa febril pulsión de Sánchez "una especie de pavor a la página en blanco".⁴ También Carlos Real de Azúa observó la proverbial velocidad de su pluma, que según dejaba entrever iba en desmedro de la calidad y el rigor de sus textos. Para Gabriel del Mazo, por décadas amigo y corresponsal de Sánchez, "no se concibe cuándo ni cómo, en medio de cien tareas, pudo investigar, meditar, escribir tanto".⁵ E incluso, en cartas privadas, el propio líder del APRA Víctor Raúl Haya de la Torre —a la sazón, su jefe político y amigo durante décadas— podía igualmente aludir con cierta malicia a la fama de su escritura arborescente. Y aunque llamativamente en sus memorias las referencias a las circunstancias de elaboración de cada uno de sus libros son escasas, Sánchez sí permite derivar su alta tasa

* CHI-UNQ/CeDInCI/CONICET.

1 La primera persona preside el comienzo de esa biografía del escritor Abraham Valdelomar, a partir de la cual Sánchez ofrece un retrato de la vida literaria limeña de las primeras décadas del siglo: "Guardo su imagen como lo descubrí aquella tarde de 1915. Guardo su imagen vivaz, retadora, sonreída y arrogante como la adolescencia (...) Yo tenía quince y él veintisiete; yo era todavía escolar y él había dejado San Marcos". Luis A. Sánchez, **Valdelomar o la "Belle Epoque"**, Lima, Improprosa, 1987 [1969], p. 9.

2 Luis A. Sánchez, **Un sudamericano en Norteamérica**, Ercilla, Santiago de Chile, 1942; **Visto y vivido en Chile**, Lima, Editoriales Unidas, 1975.

3 Una selección acotada de esa serie se reprodujo en Luis A. Sánchez, **Cuaderno de Bitácora**, Lima, Mosca Azul, 1975.

4 Alberto Flores Galindo, "El camino de Damasco", en **Obras Completas. Volumen IV**, SUR, 1996, p. 112.

5 Gabriel del Mazo, **Vida de un político argentino. Convocatoria de recuerdos**, Buenos Aires, Plus Ultra, 1976, p. 247.

de productividad de una disposición infatigable al trabajo. De allí que gustara presentarse asociado a una rúbrica que el aprismo en sus orígenes había colocado en el centro de su discurso público, la de “trabajador intelectual”:

Me siento obligado a cumplir. Mi vértigo es el del cumplimiento inexorable. Sé que tengo una tarea precisa y que debo acabarla a su tiempo, con intensidad y sin desmayos. Acaso, por eso, jamás me he sentido artifice: siempre artesano u obrero intelectual.⁶

Esa disciplinada inclinación al trabajo a destajo la desarrollaría en variados ámbitos y actividades. En su exilio chileno, por caso, en la segunda mitad de los años '30 comandaría la editorial Ercilla, que bajo su responsabilidad se impondría la tarea de editar un libro por día. El emprendimiento pudo sobresalir entonces como un generoso proveedor del mercado literario en lengua hispana de su tiempo, pero ello al precio de ediciones defectuosas y plagadas de erratas. En sus recuerdos de esa experiencia, Sánchez no se avergüenza ni se excusa de esa característica. “Soy de temperamento ejecutivo; me gusta hacer y hacer, aunque no sea con perfección (...) como Domingo F. Sarmiento, pienso en la urgencia de ejecutar y construir aún con defectos”.⁷ En definitiva, en vistas de esa industriosa propensión a las labores intelectuales, y dentro de ellas en especial a la escritura, su autobiografía en seis tomos sucesivos que totalizan más de dos mil páginas no resulta sorprendente, y no lo fue tampoco para sus contemporáneos.⁸

Americanismo y Universidad

Pero naturalmente no es sólo esa predisposición irrefrenable a la escritura la que explica la existencia voluminosa de estas memorias. Si el impulso autobiográfico suele justificarse en la idea de que aquello que se narra es una *vida interesante*, la de Sánchez se quiere también una que, como pocas, ha participado de parte importante de lo más sustantivo de las alternativas intelectuales y políticas del siglo XX americano. El primer indicio en ese sentido es la referencia, en la cita del epígrafe de este texto y también en la nota introductoria del **Testimonio Personal**, al año de su nacimiento, 1900. A través de ese repetido señalamiento el autor busca hacer notar que su vida coincide con la de la centuria.⁹ Pero sobre todo es la concatenación de innumerables episodios y relaciones con figuras de relieve que se eslabonan en su itinerario, y que Sánchez narra puntillosamente, la que con toda intención hace de sus memorias un modo de recorrer la historia secular del continente.

Y es que el **Testimonio Personal** se presenta como un ordenado registro del sinfín de vínculos establecidos por su autor a lo largo de su vida. Con el mismo metódico brío con el que escribe, Sánchez viaja incesantemente y se relaciona con un amplísimo abanico de personalidades intelectuales y políticas (y los abultados índices onomásticos que cierran cada uno de los seis tomos de la obra resultan indicativos de ello). Varios presidentes de países de la región ingresan con naturalidad a escena en su autobiografía. A fines de 1948, luego del golpe del general Odría en el Perú, Sánchez debe partir nuevamente al destierro, y es el primer mandatario paraguayo Natalicio González el que le brinda inicial acogida personal. De allí vuela a Santiago, donde se une al lote mayor de desterrados apristas. Pero estando en esa ciudad recibe “un cable del doctor Vera, rector de la Universidad de Caracas, y otro de Rómulo Gallegos, presidente de Venezuela: me ofrecían un cargo suculento, y me anunciaban que girarían mis pasajes. No titubeé un instante (...) Antes de seguir a Caracas, volé a Asunción, a fin de despedirme de Natalicio”.¹⁰ Poco después, el derrocamiento de Gallegos lo impulsa a cambiar de planes. Ahora es desde la

6 Luis A. Sánchez, **Haya de la Torre o el político. Crónica de una vida sin tregua**, Lima, Atlántida, 1979 [1934], p. 15.

7 Luis A. Sánchez, **Visto y vivido en Chile**, *op. cit.*, p. 44. En alusión a ese mismo rasgo, en uno de los interludios que pueblan su correspondencia con Haya de la Torre Sánchez señalaba: “Yo soy un sufrido aguantador de erratas. El día que me publiquen un libro sin una docena de graves errores me parecerá ajeno”. Luis A. Sánchez a V. R. Haya de la Torre, Santiago de Chile, 11 de julio de 1956, en Luis A. Sánchez y Víctor R. Haya de la Torre, **Correspondencia**, Lima, Mosca Azul, 1982, Vol. 2, p. 299.

8 Los cuatro primeros volúmenes se publicaron en Lima, en 1969, por Ediciones Villasan: **Testimonio Personal 1: El Aquelarre, 1900-1931**; **Testimonio Personal 2: El Purgatorio, 1931-1945**; **Testimonio Personal 3: La Caldera del Diablo, 1945-1956**; y **Testimonio Personal 4: Las Confidencias del Carionte, 1956-1967**. En 1976 vio la luz el tomo quinto, **Testimonio Personal 5: El descanso del guerrero, 1967-1976**, mientras que el volumen que cerró la serie, **Testimonio Personal 6: Adiós a las Armas, 1976-1987**, se añadió en la reedición completa y revisada de la obra efectuada por la editorial limeña Mosca Azul en 1987. Es de esta edición de la que surge el número de página de las referencias textuales que utilizo en el texto. En adelante, me refiero a la obra por sus iniciales y por el número de cada tomo.

9 El mismo hecho es puesto de relieve en el título de la antología de textos de Sánchez publicada en la colección de la Biblioteca Ayacucho. Cfr. Luis A. Sánchez, **La vida del siglo**, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1988.

10 Luis A. Sánchez, **TP3**, p. 127.

Universidad de Guatemala que le ofrecen trabajo. Viaja allí y frecuenta al presidente Juan José Arévalo, “mi viejo amigo de La Plata”.¹¹ Pero pronto decide volver a Chile, para “arreglar cuentas familiares, algo deterioradas a causa del inesperado despegue de Lima”:

Viajé al sur. Me detuve en Río, y me las compuse para tener en Buenos Aires una cita con la oposición “antiperonista”. La preparó Gabriel del Mazo (...) quien acudió acompañado por un hombre flaco, de grandes anteojos, de un irreprochable aire judaico: Arturo Frondizi. Charlamos de lo divino y de lo humano; tratamos de salvar a América y de limpiar a la Argentina. Seguí viaje a Chile.¹²

Amistades políticas, amistades universitarias, amistades literarias: la vida de Sánchez se sucede dentro de una trama abonada por constantes relaciones y desplazamientos. Y ese cuadro informa un mundo de viajes, aeropuertos, almuerzos, hoteles y cafés, un mosaico de espacios de sociabilidad que suele ser aludido pormenorizadamente. De allí que esa multitud de referencias dé la impresión de un cosmopolitismo sobreactuado, desplegado en recuerdos de nombres y situaciones precisas propios de alguien que ha sabido transitar el mundo. Así en 1932, cuando hace de Ecuador una estación de su exilio: “pasé muchas horas inolvidables recorriendo los templos de Quito (...) El estupendo juego de la escalinata de San Francisco y la delirante combinación de plata, oro, cedro, terciopelo y marfil de los altares de la Compañía, ofreciéndose como un acicate al espíritu”; en 1946, cuando visita por primera vez Francia invitado por la UNESCO: “En Versalles me ocurrió el mismo fenómeno que había padecido al recorrer París; la conocía de antemano”; o en 1958, en una de sus entonces repetidas travesías europeas: “volé a Atenas con dos de mis compañeros de Seminario. No me alojé en el Hotel de Inglaterra, donde esperaba correspondencia, sino en el ‘Nacional’, de estilo norteamericano. Salí por la noche a recorrer la ciudad a pié.”¹³ En el relato de sus viajes, Sánchez se coloca tanto en un lugar de actor —protagonista de conferencias, seminarios o encuentros privados en los que se discuten planes políticos o se trazan perfiles de instituciones culturales—, como en posición de privilegiado espectador de numerosas circunstancias históricas:

En mis repetidas visitas a la Argentina, cada una de tres a siete semanas, durante los años 1936, 1937, 1938, 1939 y 1940 fui atento testigo de señalados sucesos. Así, por ejemplo, en el campo político asistí a la campaña electoral para elegir al sucesor del general Agustín P. Justo. Un domingo acompañé al clásico líder socialista Nicolás Repetto, en una gira por los comités de barrio, haciendo propaganda contra el continuismo.¹⁴

La recurrencia con que Sánchez viaja debe mucho al perfil de intelectual universitario que se labra tempranamente, y que queda ampliamente reflejado en su **Testimonio Personal**. En tal sentido, las continuas invitaciones a dar conferencias y cursos que recibe o se gestiona resultan indicativas de una era en la que las universidades latinoamericanas, con mayor o menor énfasis según las coyunturas, han ingresado en un proceso de internacionalización irreversible. Sánchez será conferencista o profesor visitante en La Habana en 1932, en la Universidad Central de Quito en 1933, en las de La Plata y Buenos Aires repetidas veces en la segunda mitad de los años ‘30, en la Universidad Mayor de San Andrés de La Paz en 1940. Luego, en Berkeley, Stanford y Columbia (donde reemplaza a Federico de Onís en su seminario de Literatura Latinoamericana) en 1941-1942, otra vez en varias universidades bolivianas y en la de La Plata en 1943, en un “lecturing tour” de seis semanas de nuevo en los Estados Unidos en 1944. Más tarde, en la Universidad de Puerto Rico como profesor contratado a comienzos de los años ‘50, en el Instituto de Altos Estudios de América Latina de París a mitad de esa década, y apenas después nuevamente en Columbia. Y todo ello tramitado a través de esmeradas relaciones públicas universitarias, toda una cultura del trato formal y distinguido que da tema y tono a una porción significativa de su correspondencia conservada.¹⁵

También aquí sus recuerdos apenas si aluden al contenido de sus seminarios y presentaciones públicas, y se detienen en cambio en los episodios que van dando estatura a la figura del “profesor Sánchez”. La primera invitación que recibe de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, en 1936, “a dictar un cursillo

11 Luis A. Sánchez, **TP3**, p. 27.

12 Luis A. Sánchez, **TP3**, p. 132.

13 Luis A. Sánchez, **TP2**, p. 83, **TP3**, p. 47, y **TP4**, p. 68.

14 Luis A. Sánchez, **TP2**, p. 279.

15 “Me hallaba en coqueteos intelectuales con las universidades norteamericanas”, escribe Sánchez en referencia a los preparativos epistolares de su primer viaje a los Estados Unidos (**TP2**, p. 218).

de Literatura Peruana”, significó “para mí, desterrado político (...) una especie de consagración intelectual”.¹⁶ Y al referir las conferencias que ofrece unos años después en la Universidad de San Andrés de La Paz ante el ex presidente David Toro y otras autoridades de lustre, observa: “no interesa de que hablé, lo que sí podría ser útil es recordar la actitud de los hombres públicos con respecto al visitante sin rango oficial”.¹⁷

Pero la condición de hombre de la universidad de Sánchez trascendió su rol de profesor o conferencista. Resueltamente embanderado en la generación del reformismo universitario de 1918, su filiación expresa en esa tradición le allanó el camino de contactos e invitaciones de casas de estudio de todo el continente. Pero además, el peruano inevitablemente hizo del tema “universidad latinoamericana” uno de sus objetos predilectos de escritura. En 1949 publicó en Guatemala un estudio de su historia y nudos problemáticos que finalizaba recomendando “constituir organismos que coordinen sus esfuerzos para formar un espíritu universitario latinoamericano”,¹⁸ un espíritu que en sus repetidos viajes Sánchez pretendió encarnar en su propia persona. Posteriormente, volvería sobre el asunto en reiteradas ocasiones.¹⁹ Por todo ello, no resulta sorprendente que Gabriel del Mazo, esa otra figura surgida del movimiento universitario del '18 y consagrada a registrar sus peripecias, en su autobiografía publicada en 1976 otorgara a Sánchez el título honorífico de “presidente de la Universidad Latinoamericana y, además, presidente en ejercicio”.²⁰

Y es que ese sitio imaginario proyectado por del Mazo pudo acaso derivarse de los innumerables elementos vinculados a la experiencia universitaria que aparecen en el **Testimonio Personal** y en otras semblanzas de Sánchez. En el relato de su vida, son continuos los eventos que exhiben la centralidad de la temática en su itinerario, como cuando narra su actuación dentro del exclusivo plantel internacional que se reúne a comienzos de los años '60 primero en Puerto Rico y luego en Francia para tratar la cuestión de “Las Universidades en busca de la Paz”, o como cuando, en referencia a ese encuentro, señala al pasar que “de mis trece visitas a París, fue esta mi única infidelidad (...) para con la vieja y heráldica casa número 5 de la Place de la Sorbonne”.²¹

Pero sin dudas la presea mayor que ostenta Sánchez como testimonio de la familiaridad que su trayectoria ha tenido con el mundo universitario es su relación con San Marcos. No sólo gusta de recordar su formación y su temprana posición como joven docente en esa tradicional casa de estudios de Lima, la más antigua de América; sobre todo lo que lo enaltece es haber ocupado en tres oportunidades el sillón del rectorado. De allí que no disimule la importancia que le otorga a ese vínculo:

En un banquete numeroso que me ofrecieron a raíz de mi elección como rector, expresé que, para mí, San Marcos era como una novia. Aquel año de 1961 constituyó, además, casi una obsesión. Realmente, en esos amargos días de prueba, traté de servirla con lo más acendrado de mi ternura. Visto lo cual desde aquí y ahora, me ratifico en la manera como calificué entonces mis relaciones con la universidad: novia infiel, fue, continúa siendo, pese a nuestros tres casorios de 1946, 1961 y 1966 y a sus consiguientes divorcios. La política, empero, se cruzó áspidamente en aquel idilio.²²

Fidelidades, idilios, obsesiones: el recurso al lenguaje de las pasiones, caro a quien trabaja sobre materiales literarios, busca traducir el valor que Sánchez otorga a San Marcos, así como el ahínco con que persigue y consigue encaramarse en su cúspide. En sus memorias, el dinamismo laborioso del que hace gala permanentemente revierte en la tenacidad con que al frente de la universidad reúne apoyos, teje proyectos, y amortigua embates enemigos, en décadas de cambios políticos y culturales que, como veremos, no le resultaban favorables.

Esa química de atracciones mutuas con que Sánchez representa su relación con las instituciones universitarias se

16 L. A. Sánchez, **TP2**, p. 161.

17 L. A. Sánchez, **TP2**, p. 221.

18 Luis A. Sánchez, **La Universidad Latinoamericana**, Guatemala, Editorial Universitaria de Guatemala, 1949, p. 218.

19 Luis A. Sánchez, **Sobre la Reforma Universitaria**, Lima, Asociación Peruana por la Libertad de la Cultura, 1959; **La Universidad no es una isla**, Lima, P. L. Villanueva, 1961; **La Universidad en la América Latina**, Lima, Universidad Nacional de San Marcos, 1962; “Prólogo” a Gabriel del Mazo (comp.), **La Reforma Universitaria**, Lima, Universidad Nacional de San Marcos, 1967 (3era. Ed.).

20 Gabriel del Mazo, **Vida de un político argentino**, *op. cit.*, p. 252.

21 Y luego continúa: “Ni siquiera pasé por La Sorbonne (...) Estuve tan dedicado a fundar el organismo universitario ‘en busca de paz’, que sólo pensé en ello. No se trataba de una entidad de tantas, sino de una institución de nivel superior y de fines extraordinarios” (**TP4**, p. 161).

22 Luis A. Sánchez, **TP4**, pp. 119-120.



vio especialmente favorecida por su ascunción temprana de una posición de enunciación americanista. Y aunque esa fe resultaba común a muchas otras figuras de su generación, lo que en su caso la hace distintiva es tanto la recurrencia con que la puso a trabajar en diferentes canteras como el ánimo beligerante que en ocasiones le imprimió. Un episodio significativo tuvo lugar al respecto en 1931. Enterado a través de contactos epistolares con Victoria Ocampo, Samuel Glusberg y sobre todo Waldo Frank de los planes de creación de la revista **Sur**, cuando ésta ve la luz escribe a su directora una carta en la que se muestra hondamente decepcionado por el insuficiente americanismo que observa en la flamante publicación:

Iba Ud. a emprender una tarea admirable: publicar la revista que coordinara y dirigiera los esfuerzos artísticos, culturales de Nuestra América. Nadie mejor que Victoria, me decía Frank, para esta empresa (...) Estaba tensa América literaria para recibir su revista. Y su revista ha aparecido, su revista, Victoria, pero nosotros le pedimos la nuestra (...) La que, naciendo bajo la invocación de Frank, debiera ser carne nuestra y alma nuestra.

Sánchez a continuación deslizaba una crítica a los nombres elegidos por Ocampo para integrar el consejo asesor de la revista, uno de los rasgos que a su juicio le otorgaban un “aire europeo (...) contra el cual protestamos los que bienqueremos a Nuestra América”.²³ El incidente, que representa una de las primeras acusaciones de “europeísmo” que serían habituales en la trayectoria posterior de **Sur**, ilustra el punto de vista americanista asumido públicamente por Sánchez. Ese mirador, proyectado en numerosas exploraciones que tomaban en consideración al continente como un todo, le abría un camino pródigo en múltiples espacios universitarios que demandaron sus incisiones generalistas —a un tiempo panorámicas y muy informadas— en la historia y la literatura de América Latina. Así, la saga que se inicia con la publicación de libros como **América: novela sin novelistas**, que ve la luz en Lima en 1933, o **Vida y pasión de la cultura en América**, editado por Ercilla en 1935 —una serie que cimentaría su fama de especialista en la región—,²⁴ resulta coincidente y ayuda a explicar la fluidez con que desde entonces y por espacio de varias décadas Sánchez es invitado y circula por universidades del continente, de los Estados Unidos, y también de Europa. Americanismo y cultura universitaria, en definitiva, resultaron solidarios en el encumbramiento de Sánchez como intelectual de proyección internacional.

El vértigo de la política

Pero como ha sido ya sugerido, la tramitación de sus viajes y estancias universitarias no se realizó únicamente bajo los estímulos provistos por los sesgos que informaban su cultura intelectual. En un hecho que corrobora el nivel muy relativo de autonomía de las universidades del continente en el siglo XX, a menudo las invitaciones recibidas por Sánchez se vieron favorecidas por el intenso tránsito que, desde inicios de 1931 y hasta el final de sus días, desplegó en el terreno de la política.

En efecto, ese mismo año en el que polemizaba con Victoria Ocampo sobre las implicancias del americanismo cultural, se había integrado resueltamente a las filas de la organización que se proponía ser la expresión del americanismo político: el APRA. La Alianza Popular Revolucionaria Americana había sido creada por Haya de la Torre desde el exilio a mediados de los años '20 y, gracias al dinamismo de su líder y de quienes lo secundaron en el destierro, de inmediato logró captar a nivel continental un ancho campo de simpatías entre quienes sintonizaban con su mensaje antiimperialista y latinoamericanista.²⁵ Sánchez, imbuido en Lima de una sensibilidad que él mismo acordó en llamar “arielista”, se había inhibido inicialmente de participar de esa empresa. Pero cuando se incorporó

23 La carta se publica en **La Vida Literaria**, la revista de Glusberg (año 4, n° 3, Buenos Aires, septiembre de 1931, p. 1). La respuesta de Ocampo no fue menos destemplada. Luego de advertir que los términos de la misiva de Sánchez “me sorprendieron por lo excesivos”, señalaba: “**Sur** no era, por lo visto, la revista que ustedes esperaban de mí. Antes de ser fiel a los demás —cuando se emprende una obra— es indispensable ser fiel al propio espíritu de uno mismo (...) He puesto en el Consejo extranjero de **Sur** a mis mejores amigos (¿tengo yo la culpa si no son todos americanos? Y, si debo ser franco, le agregaré que no lo siento. Europa me parece indispensable para nuestra felicidad...y hasta Asia y África si usted me apura)”. Victoria Ocampo a Luis A. Sánchez, Buenos Aires, 16 de julio de 1931 (Victoria Ocampo Papers, Houghton Library, Universidad de Harvard). En sus memorias, Sánchez alude al intercambio sin dar precisiones: “Victoria Ocampo, mujer estúpida (...) de quien me habían distanciado su amor propio y mi impertinencia” (**TP2**, pp. 145-146).

24 Así, por ejemplo, en una reseña publicada en la revista **Annales** de un nuevo libro de esa secuencia, ¿**Existe América Latina?**, Fernand Braudel presentaba a Sánchez como “autor de libros clásicos, entre otros **Literatura Peruana, América: novela sin novelistas**, [**Vida y pasión de la cultura en América**] (**Annales. Histoire, Sciences Sociales**, tercer año, n° 4, oct.-dic. de 1948).

25 Martín Bergel, “Nomadismo proselitista y revolución. Notas para una caracterización del primer exilio aprista (1923-1931)”, **Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe**, Vol. 20, n° 1, Universidad de Tel Aviv, 2009.

a ella, pareció abrirse a un espacio de experiencia que representaba un corte en su trayecto biográfico, y que desde entonces lo capturó irremisiblemente:

Mi ingreso oficial en la política, o sea mi afiliación al Partido Aprista Peruano, no me acarreeó de momento ventajas ni desmedros. Placer, en cierto modo, sí, porque por acto de mi propia voluntad me encaraba al destino. En abril de 1931, aunque ya catedrático en la Universidad de San Marcos y autor de 6 libros y no sé cuantos cientos de artículos, me sentí como si de pronto me hubiera despojado de todo y me lanzara desnudo de abalorios a un piélagos insondable y proceloso. En efecto fue así.²⁶

Ese cruce de frontera empujó en efecto a Sánchez a experimentar vivencias inéditas. A fines de ese año ya había sido elegido diputado por Lima al Congreso Constituyente que debía desarrollarse entonces, y apenas después, a comienzos de 1932, las normas de excepción impuestas por Sánchez Cerro para perseguir al APRA —que abrían un período que él mismo describiría en términos de “guerra civil”—²⁷ lo arrojaban al exilio junto a sus compañeros de bancada y a otros muchos militantes. Todo ese trance habilitó un curso en el que, en paralelo a su nueva faceta de activista político, y en circunstancias de incertidumbre y precariedad, hilvana una cierta historia intelectual en clave de ruptura generacional con las figuras y la sensibilidad con las que hasta poco tiempo atrás había comulgado. En su destierro ecuatoriano compone entonces, en 1933, el artículo “El Anti-Ariel”, un anticipo de su **Balance y liquidación del Novecientos** que escribe algunos años después en su ya más estable etapa de Ercilla en Chile. También aquí ese proceso a la generación arielista —partícipe directa además, por ejemplo en el caso de José de la Riva-Agüero, de la tiranía que asolaba al Perú— incluye un relato en primera persona, a modo de ejercicio de justificación de la curva intelectual y política que había efectuado.²⁸

En un breve ensayo escrito a propósito de la publicación de la correspondencia que Sánchez mantuvo a lo largo de su vida con Haya de la Torre, Alberto Flores Galindo se muestra decepcionado porque en el abultado intercambio epistolar sostenido por ambas figuras “no se encuentra el diálogo clásico entre el intelectual y el político”. Persuadido de que el aprismo “elaboró una ideología coherente a escala continental”, el historiador peruano —que como el grueso de la intelectualidad de izquierdas de su generación no disimula su antipatía por el APRA— imaginaba hallar entre el político de raza por excelencia que era Haya y “el escritor más prolífico” del Perú, es decir Sánchez, algún tipo de debate de ideas, a la vez que una cierta división de roles y funciones.²⁹ Sin embargo, contra esa expectativa hay que señalar que uno de los rasgos más sugestivos de las primeras décadas de existencia del APRA radica en el modo en que en el conjunto de dirigentes fundadores conviven la voluntad intelectual y el activismo político. Así, si el aprismo es para Haya de la Torre no sólo el movimiento que ha prohiado y lidera sino además una doctrina y hasta una filosofía,³⁰ desde 1931, y en combinaciones diversas y contextos muy variables, también en Luis Alberto Sánchez coexisten la militancia y las ocupaciones intelectuales y académicas.

Y es que, al menos inicialmente, su disposición al trabajo intelectual, y en particular a la escritura, cuajaban bien en el modelo de dirigente político que se perfilaba en el APRA. Tanto por ofrecer la materia prima fundamental para las labores de propaganda, como por sus propios orígenes letrados en el seno de la bohemia trujillana —junto a César Vallejo y varias otras figuras—, Haya tenía en alta estima y colocaba en posiciones expectantes a quienes ejercieran sin desmayos el oficio de escribir.³¹ De allí que, casi sin excepciones, a comienzos de la década del '30

26 Luis A. Sánchez, **TP2**, p. 11.

27 Luis A. Sánchez, **Apuntes para una biografía del APRA. Tomo II. Una larga guerra civil**, Lima, Mosca Azul, 1979.

28 Por ejemplo, en el final del prólogo de **Balance y liquidación del Novecientos**: “Por el camino quedan muchos heridos y contusos. Yo también. Asisto sin júbilo al balance que sigue. A ratos me parece que yo mismo salgo en él a juicio. De todos modos, airear lo ajeno y lo propio, resulta un doloroso pero necesario propósito de higiene espiritual”. Y en el cierre del “Anti-Ariel”: “uno de mis mayores orgullos es haber comprendido a tiempo la oquedad del intelectualismo profesional, y haber palpitado al unísono con los trabajadores manuales y los estudiantes (...) Le debo esa gratitud a mi partido, y nunca más que ahora, cuando establezco mi tabla de valores y reviso jerarquías, nunca me he sentido más satisfecho de tener por hogar una patria ambulante —el destierro— y por universidad, una escuela de sacrificio —el Aprismo”. Luis A. Sánchez, **Balance y liquidación del novecientos**, Lima, Talleres Gráficos P. L. Villanueva, 1968 [1941], p. 27; “El Anti-Ariel”, en **Aprismo y Religión**, Editorial Cooperativa Aprista “Atahualpa”, Lima, 1933, pp. 46-47.

29 Alberto Flores Galindo, “El camino de Damasco”, *op. cit.*, pp. 111 y 112.

30 Véase, por ejemplo, Víctor Raúl Haya de la Torre, “Sinopsis filosófica del aprismo”, **Claridad**, n° 301, Buenos Aires, mayo de 1936 (reproducido también en varias revistas y libros).

31 Martín Bergel, “La desmesura revolucionaria. Prácticas intelectuales y cultura vitalista en los orígenes del aprismo peruano”, en Carlos Altamirano (Dir.), **Historia de los Intelectuales en América Latina. Vol. II. Avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX**, Buenos Aires, Katz, 2010.



Los principales líderes de la primera generación aprista escribieron y publicaron cuanto menos algún folleto o libro. La escritura resultaba entonces una vía privilegiada y casi obligatoria de consagración para quienes aspiraran a destacarse dentro del grupo dirigencial. En buena medida fue por ello que Sánchez, que supo acomodar con naturalidad su antigua afición a la pluma al marco para él novedoso impuesto por los ritmos y rigores de la militancia, rápidamente sobresalió en la plana mayor partidaria. Todavía más, también velozmente su sesgo de memorialista le destinó el lugar de biógrafo y cronista por excelencia de las peripecias de la vida política de Haya de la Torre y del APRA (y ya en 1934 publicaba el primero de una extendida serie de libros dedicados a esa materia).³² Todo ello debía realizarse evitando los excesos de la “intelectualización”, según prescribía insistentemente Haya en una vena que décadas después cristalizaría en el partido en formas de un antiintelectualismo que también padecería Sánchez. Pero por el momento, el infatigable ímpetu que le imprimía tanto a las actividades políticas como a las intelectuales lo mantenía a salvo de ese tipo de reprobaciones.

Una ilustración de la intensidad que asumieron las tareas militantes en el seno del APRA —sobre todo en las condiciones de clandestinidad que, con pocos intervalos, imperaron para los apristas en el Perú hasta mediados de los años ‘50—, la ofrecen precisamente las cartas cruzadas entre Haya y Sánchez. Publicadas por éste en 1982 en dos volúmenes que suman más de 800 páginas, componen probablemente uno de los epistolarios políticos más densos y dramáticos del siglo XX latinoamericano. En una escritura cortante, imperativa, plagada de referencias encriptadas como salvaguarda ante la posibilidad de la censura, desde sus escondites en Lima, y luego desde la embajada colombiana en la que se refugia durante cinco años en la dictadura de Manuel Odría, Haya despacha continuamente cartas que encuentran en Sánchez un interlocutor confiable y siempre presto a cumplir las tareas urgentes que le son indicadas. En 1935 le escribe a Santiago: “¿NO PUEDEN USTEDES HACER MAS? (...) Impriman, impriman, pidan ayuda, hagan colectas y demuestren que gastan estrictamente en propaganda. Inunden esto de folletos, de hojas”. Y luego: “escriban y trabajen ustedes. En mis escondites no hay posibilidad ni de escribir a máquina fuera de ciertas horas del día. La noche debe ser muda”. Como cabeza del nutrido contingente de exiliados apristas en Chile, Sánchez es el principal enlace que debe guiar la acción, sobre todo en materia de propaganda. Y como tal, es él quien recibe y amortigua las órdenes implacables de Haya: “Todo esfuerzo de Uds. para aumentar el bombardeo de prop. sobre el sur siempre será poco, siempre merecerá críticas (...) Entre VR y vos, dos genios de la propaganda, espero que hagan algo digno del Pap, digno del momento, digno de ustedes y de la santísima causa que defendemos y por la que debemos morir alegres”.³³ Desde su plaza de destierro, Sánchez debe entonces desdoblarse entre su trabajo en Ercilla y las innumerables tareas partidarias que le impone Haya de la Torre. Pero su activismo no se reduce a cumplir con los pedidos de su jefe. Además de ello, impulsa posiciones propias, como se observa en esta carta de 1938:

Karobigold: Ayer tarde me entregó Karoman tu carta y docs. anejos: art. sobre Chaco, sobre conf. Panam., envío a CEP. Todo funciona hoy mismo (...) Agradécote conceptos labor, pero es mediana o poca aún. Mucho se podría hacer aún y se hará. Lo de Franklin D. se comunicó a Ate, sin respuesta. Trataré forzar otro medio. Lo de Hidalgo comunicado, igual lo de Leonino. Libro Samuel Guy fue por Che, oficina; item otro libro de de tierra del Capitán Nemo (...) Gustaríame no conocer opinión sobre arts. LND acerca dialéctica, en fondo defensa partido, y en forma también. Respecto a prop. parece no conoces magnífica hecha aquí 28 de julio, nunca igualada en este país y cooperación en muchos actos, giras, etc., difundiendo ideario. Posición nuestra enuncia frente a consigna únicamente antifascista, que somos antifascistas a consecuencia de ser antiimperialistas; que petróleo, cobre, ferrocarriles no están en manos de fascistas sino de sajones; que en México se ve la garra imperialista detenida sólo por peligro mundial, y que debemos ser antiimperialistas.³⁴

La política entra de lleno entonces en la peripecia vital de Sánchez, que se las arregla para hacerla convivir con sus labores propiamente intelectuales. Desde Panamá, estación inicial del exilio en 1932 donde vive austeramente en hoteles de medio pelo junto a un puñado de desterrados, es el encargado de llevar adelante tratativas epistolares con el comandante Gustavo Jimenez, entonces en Arica, con el fin de diseñar un plan insurreccional para derrocar a Sánchez Cerro (plan que, como otras varias intentonas revolucionarias apristas de esos años, fracasa estrepitosamente). Ello no lo priva, en los breves meses que pasa en el país del istmo, de dictar unos

32 Luis A. Sánchez, **Haya de la Torre o el político**, *op. cit.*

33 Víctor R. Haya de la Torre y Luis A. Sánchez, **Correspondencia**, Lima, Mosca Azul, 1982, Vol. 1, pp. 48-49 y 67. “VR” es uno de los modos en que Haya se alude a sí mismo en tercera persona.

34 Víctor R. Haya de la Torre y Luis A. Sánchez, **Correspondencia**, Vol. 1, *op. cit.*, pp. 330-331. “Karobigold” es otro de los nombres de referencia de Haya.

“cursillos en el Instituto Nacional de donde salieron mis libros **Vida y Pasión de la Cultura en América** y, también, **Panorama de la Literatura Actual**”.³⁵

Con todo, y aún cuando las circunstancias de la vida del APRA, y dentro de ella la actuación de Sánchez, conforman uno de los principales senderos que ordenan la narración del **Testimonio Personal**, el relato que allí se ofrece parece haber moderado en varios grados la violencia de las pasiones que tramaron la militancia aprista al menos hasta mediados de los años '50. No es que falten allí rastros del “piélago insondable y proceloso” en el que Sánchez se vio envuelto desde su ingreso al partido; pero, hasta cierto punto, sus memorias parecen querer normalizar el lugar anómalo y siempre virulentamente disputado que le cupo al APRA en la historia del Perú. Puesto que si aprismo y antiaprismo fueron identidades políticas irreconciliables, sentimientos como el odio político o, en su reverso, el sentido de una hermandad sin fisuras entre compañeros impuesta por la moral de un partido en el que el mundo de las emociones jugó un papel de primer orden, no aparecen casi en escena en la autobiografía. Por el contrario, Sánchez se construye a sí mismo como un aprista pactista, tan equilibrado y juicioso en los rumbos que propone, como negociador y leal en el trato con los adversarios. Más aún, su fidelidad inquebrantable para con el partido no impide que del extenso espectro de nombres que ingresa en la narración bajo la categoría de “amigo”, las figuras peruanas más queridas y evocadas no hayan pertenecido al APRA.³⁶ Y que incluso a menudo haya percibido desde filas apristas no el reconocimiento intelectual que se le tributaba en el extranjero, sino muestras de recelo y aún de soterrada oposición a los diversos proyectos que encaraba. Al regresar a Lima del destierro en 1956, “nunca me sentí como entonces tan fuera de sitio”. Su plan de ocupar nuevamente la rectoría de San Marcos en esa oportunidad se vería frustrado, un poco por la obstrucción del gobierno de Prado y otro poco por la presión de “los seudo apristas, en realidad pro comunistas”. E inclusive “la misma **Tribuna**, el diario de mi partido, que yo fundara y dirigiera, había prescindido cautelosamente hasta de mi simple colaboración”.³⁷ En suma, si desde su adhesión al APRA se había visto irremediabilmente imantado hacia la arena política, muchos de los recuerdos provenientes de su condición de militante aparecen asociados menos a las satisfacciones que a los sinsabores.³⁸

Las ambivalencias que habitan esas remembranzas se reflejan en los modos en que Haya de la Torre es retratado. El jefe aprista aparece en un sinnúmero de cuadros y momentos diversos del **Testimonio Personal** de Sánchez: departiendo sobre cultura y deportes en encuentros juveniles en la casa de Raúl Porras Barrenechea, tramando conjuntamente en horas desesperadas un nuevo pase a la clandestinidad tras la fallida insurrección de las bases partidarias en octubre de 1948, o caminando en los años '50 en una helada madrugada parisina (el líder trujillano era célebre por su noctambulismo, y al igual que Sánchez dormía escasas horas).³⁹ Pero las décadas de amistad y de intenso tránsito compartido no impidieron que Haya sea en ocasiones aludido por fuera del discurso adulador y hasta devoto omnipresente en los apristas:

Víctor Raúl anunció su llegada al Perú, en mayo de 1957, después de tres (en realidad nueve) años de ausencia. Nos aprestamos a recepcionarlo. Ya se advertía el fantasma de la división “castrista” en cierne. En nombre del CEN, volé a Talara para dar la bienvenida y prevenirle acerca de algunos asuntos. Regresé bastante decepcionado. Haya en Europa era un ser como el que ya conocía desde 1917, como el que traté en mis andanzas, pero, éste de Talara y Trujillo se parecía demasiado al Haya de las horas de embriaguez de poder, al de 1947, seco, a menudo descortés.⁴⁰

35 Luis A. Sánchez, **TP2**, p. 62. Sánchez reproduce sus cartas con Jiménez (quien, en el alzamiento que encabeza, acorralado, acaba suicidándose) en **Apuntes para una biografía del APRA. Tomo II. Una larga guerra civil**, op. cit., pp. 75-80.

36 Tal el caso de Raúl Porras Barrenechea y Alfredo González Prada (el hijo de “Don Manuel”), que aparecen reiteradamente en el relato, y cuyas muertes Sánchez rememora con subrayada amargura.

37 Luis A. Sánchez, **TP4**, pp. 11, 28 y 33.

38 La ingratitud que Sánchez advierte para con él desde huestes apristas no desaparece del todo ni siquiera en las remembranzas del tramo final de su vida. En el último tomo de sus memorias la política ocupa un lugar aún mayor en el relato, y así lo vemos esmerándose para evitar las inevitables disensiones internas en el APRA luego de la muerte de Haya de la Torre, ocurrida en 1979, o flanqueando a Alan García como activo vicepresidente luego del triunfo electoral de 1985 (cuando los problemas en la visión que lo acompañaban desde varias décadas atrás lo habían dejado casi ciego). No obstante ese tozudo protagonismo, el balance final que realiza de su militancia aprista no oculta las aflicciones ni los desencuentros: “En 1930, al ser derrocado Leguía, surgieron en el Perú tres nuevas corrientes políticas, todas ellas juveniles (...) Me decidí por el APRA, que era original, realista y en donde estaban mis amigos. Tal vez haya perdido a éstos, por obra de la muerte y algunas veces del desvío, pero no he perdido la fe en las ideas y eso es lo que me permitió soportar durante medio siglo las más contradictorias circunstancias” (Luis A. Sánchez, **TP6**, p. 282).

39 Luis A. Sánchez, **TP1**, p. 280; **TP3**, pp. 108-112; y **TP4**, pp. 37-38.

40 Luis A. Sánchez, **TP4**, p. 26. En la presentación a la edición de su correspondencia con Haya, Sánchez se jacta de haberse reservado un inusual grado de autonomía en su relación con el jefe máximo del partido: “Al releer cada párrafo he sentido que resucitaban días inolvidables de ancha fraternidad y apasionada lucha, de incalculado sacrificio y de vital alegría. Según se desprende de los textos de estas cartas, Haya era un ser vital por excelencia. Hay cartas en que me vapulea y otras en que me elogia a extremos que nadie ha hecho. Su ira y su generosidad corrían parejas. Mi franqueza no se quedaba atrás. Yo nunca fui acólito de nadie” (Víctor R. Haya de la Torre y Luis A. Sánchez, **Correspondencia**, Vol. 1, op. cit., p. 19).



Las brusquedades fueron en efecto habituales en los modos en que el jefe aprista se dirigía a Sánchez. Y sin embargo, la relación nunca se quebró. Por el contrario, las asperezas y las rabieta pasajeras (entremezcladas con dosis de sentido afecto mutuo) dieron la tónica regular del vínculo, que pareció salir una y otra vez fortalecido de ellas.⁴¹ Así, sobre el final de su vida Haya seguía teniendo en Sánchez a uno de sus más confiables colaboradores (en 1976, por caso, lo coloca a la cabeza de la comisión encargada de preparar sus **Obras Completas**).

Pero más que en su relación con Haya, donde mejor se revela la sensación de acritud que acompañó la firme militancia de Sánchez en el APRA es en el vínculo que mantuvo, también por décadas, con Manuel Seoane, la segunda figura en importancia dentro del escalafón del partido.⁴² Ambos hombres, nacidos el mismo año, habían desarrollado una estrecha amistad luego de ingresar conjuntamente a San Marcos en 1917. Compartieron entonces intereses literarios, deportes, y actividades vinculadas al reformismo universitario. Seoane sucederá a Haya al frente de la Federación de Estudiantes del Perú, y como él deberá exiliarse en 1924. Y a su intervención, más que a la de cualquier otro, deberá Sánchez su progresiva politización. “Me había convencido de que actuase en aquellos menesteres revolucionarios, ajenos a mis aficiones literarias”, recordará en referencia a su participación en el movimiento universitario.⁴³ Posteriormente, la sostenida correspondencia que mantienen será también un vehículo de peso en su decisión de sumarse al APRA a inicios de los años '30.

Pero si, de un lado, la dinámica partidaria renovará periódicamente ese estrecho lazo hasta la muerte de Seoane, ocurrida en 1963, de otro ese mismo trajín, con sus larvadas pugnas de poder y sus diferendos ideológicos, hará acusadamente mella en la relación. Y de tal forma que, a veces de modo directo y otras apenas en sordina, la multitud de referencias a través de las cuales Seoane se hace presente en el **Testimonio Personal** aparecen inevitablemente teñidas por el carácter de ese vínculo tan habitado por el afecto como por el malestar.

El pico máximo de tensión entre ambas figuras tuvo lugar durante la dictadura de Manuel Odría. Es allí cuando, ante la virtual ausencia de Haya de la Torre —asilado en la embajada de Colombia, y por ende con dificultades de comunicación con el resto del partido—, sobrevienen los momentos más agrios, entreverados en disputas político-ideológicas:

Hubo algo que no preví. Algo que me hirió profundamente. En vista de mi actitud contra la demagogia pro-peronista y el anti-imperialismo irracional (...) resolvieron reducirme al aislamiento para lo que desataron contra mí una campaña sólo comparable a la de Eudocio Ravines en 1947, con la [sic] agravante de que ahora se trataba de “compañeros” (...) Confieso que nunca me sentí más dolido que entonces.⁴⁴

Sánchez desliza que fue Seoane la figura principal en la orquestación de ese cúmulo de críticas hacia su figura. Pero de inmediato en el texto, refiere que en oportunidad de cumplir el medio siglo de vida invita a varios de los expatriados que, como él, vivían entonces en Santiago de Chile. Y contra las previsiones de un amigo chileno, los mismos que proferían esas aceradas censuras asisten a la celebración y lo agasajan. “Llegó el 12 de octubre —narra—, y a las nueve de la noche, tuve la alegría, la profunda y fraterna alegría de ver que Manolo y Elsa, la magnífica Elsa Arbutti de Seoane (...) acudían al convite (...) Había que creerlo. El aprismo es una misteriosa fuerza que avasalla las pasiones individuales, por arraigadas que estén”.⁴⁵ Las pasiones individuales, sin embargo, reaparecen incluso allí donde se las quiere acallar, y en el **Testimonio Personal** la figura de Seoane sigue siendo evocada ambivalentemente. En las memorias de Sánchez se percibe entonces algo de una tensión que ha dado la tónica de la vida interna del APRA en los últimos cincuenta o sesenta años: la coexistencia conflictiva de la remanida liturgia partidaria, que ha asegurado hasta hoy la continuidad del sentido de comunidad en el seno del movimiento, y las incesantes intrigas palaciegas, que lo han debilitado por dentro.

41 Nelson Manrique, **¡Usted fue aprista! Bases para una historia crítica del APRA**, Fondo Editorial PUCP-CLACSO, Lima, 2009, pp. 63-73.

42 Sobre Manuel Seoane, cfr. Eugenio Chang-Rodríguez, “Introducción” a **Manuel Seoane. Páginas escogidas**, Editorial del Congreso del Perú, Lima, 2003; y Martín Bergel, “Manuel Seoane y Luis Heysen: el entrelugar de los exiliados apristas en la Argentina de los veinte”, **Políticas de la Memoria**, no. 6/7, CeDInCI, Buenos Aires, 2007.

43 Luis A. Sánchez, **TP1**, p. 177.

44 Luis A. Sánchez, **TP3**, pp. 171-172.

45 Luis A. Sánchez, **TP3**, pp. 172-173.

Tradiciones peruanas

Y es que, al mismo tiempo que por su trayectoria y pergaminos acumulados Sánchez comienza a ser, desde fines de la década del '50 en adelante, objeto de reverencias y homenajes de parte de variados círculos sociales y culturales, contemporáneamente comenzará a experimentar un creciente descolocamiento ante diversas realidades emergentes. De un lado, exhibirá dificultades para tramitar los procesos de modernización cultural global que hacia los años '60 impactaban en el Perú y en América Latina toda. De otro, resultará especialmente intransigente ante el clima político-cultural vinculado a las expresiones de la nueva izquierda.

Ambos fenómenos, de modo directo o indirecto, se registran en sus memorias. Sintomáticamente, en el **Testimonio Personal** hay una voluntad explícita de mantener apartadas las dimensiones atinentes a la vida privada que en los años en que Sánchez componía su autobiografía redefinían sus relaciones con la esfera pública. Ya la breve nota introductoria al tomo inicial de la saga anunciaba la negativa del autor a inmiscuirse en esas zonas:

Con pudor incoercible, hasta donde he podido, evita el autor hablar de sus intimididades. El es de los que creen que aquello que nos llega por boca, oído y ojos, de afuera hacia adentro, pertenece irrenunciablemente a los predios del alma, y que el alma sólo se abre ante Dios.⁴⁶

Ciertamente, esa manifiesta renuencia a la inspección de asuntos comúnmente ubicados en la arena privada no se cumple a rajatabla en el **Testimonio Personal**. En el desfile de nombres propios que puebla la autobiografía de Sánchez hay lugar para deslices e insinuaciones (pequeñas infidencias al paso que dan a entender al lector los problemas con el alcohol, la afición desmesurada por las mujeres, o los ánimos atormentados de tales o cuales personajes). Pero su premisa de velar por la intimidad de las personas orienta efectivamente su escritura memorialística, en un hecho que habla de su resistencia, y en cierto modo también la de su partido, a hacer suyos los rasgos de modernización cultural que en América Latina se perfilaban contemporáneamente a la factura del **Testimonio Personal**. Paradigmáticamente, la más sensacional de las omisiones no sólo de su autobiografía sino del conjunto de sus retratos del pasado reside en un tema que ha sido (y sigue siendo) un verdadero tabú en el imaginario partidario aprista: el de la presunta homosexualidad de Haya de la Torre. Hecho verdadero o no, lo que resulta revelador del caso son las respuestas a las versiones que asocian la virtual ausencia de relaciones amorosas comprobadas de Haya al homoerotismo: ora el silencio incómodo —por ejemplo en los múltiples trazos y escritos biográficos que Sánchez le dedica, en los que su vida sentimental y sus pasiones íntimas no entran en escena—, ora la negación rotunda —en parte sustancial de la militancia aprista, que a menudo se ha mostrado especialmente encolerizada y hasta violenta en la defensa de la dignidad varonil del jefe máximo.

Ese sesgo tradicional que colorea el **Testimonio Personal** aflora similarmente en otros aspectos. Por ejemplo, en el importante lugar otorgado en el texto a la reconstrucción de las raíces nacionales y patricias de Sánchez.⁴⁷ Pero también en el reiterado espacio marginal que ocupan las mujeres en su narración. El intenso comercio social de Sánchez es un tráfico entre hombres, en los que su esposa de toda la vida, Rosita, lo acompaña y asiste desde un opaco segundo plano. Asimismo, en sus retratos de diferentes escenarios urbanos las referencias a lo femenino semejan a las de los viajeros típicos del siglo XIX, que en sus relatos suelen ubicar a las mujeres como parte del decorado. Por caso, al reconstruir su primera visita a Chile, en 1930, Sánchez señala en referencia a la hospitalidad que encuentra allí: "disfruté de la viril amistad de los hombres y de la gracia japonesa de sus mujeres".⁴⁸ En otro registro, que incluye pero excede largamente a sus memorias, esa ausencia de modernización se verifica también en la limitada actualización de su cultura intelectual, en décadas en las que la internacionalización de las ciencias sociales y las humanidades proveían numerosos insumos que estimulaban miradas renovadoras.

Esos rasgos de tradicionalismo cultural que dejaron su marca en el proceso de confección de su autobiografía, se corresponden con los recelos manifiestos que Sánchez exhibe ante las formaciones de izquierda de modo creciente desde fines de los años '40. Pero es preciso historizar ese movimiento. Desde comienzos de la década

46 Luis A. Sánchez, **TP1**, p. 11. Si Sánchez podía escribir eso en 1969, casi veinte años y dos mil páginas después, al cierre del volumen final de sus memorias publicado en 1987, reitera que "a lo largo de mi testimonio personal, en que he evitado las notas íntimas porque ellas sólo son confiables a Dios, compruebo lo áspero del camino recorrido" (**TP6**, p. 263).

47 Lejos del talante parricida que campeaba en sus escritos de los años '30, la porción inicial de su autobiografía está dedicada a inventariar la memoria familiar, y a resaltar el papel jugado por sus abuelos y tíos en la política decimonónica peruana y en particular en la Guerra del Pacífico.

48 Luis A. Sánchez, **TP2**, p. 111.



del '30, la tenaz competencia con el Partido Comunista peruano por la representación de las clases obreras y populares impulsó a la militancia aprista a desplegar un sostenido "anticomunismo criollo".⁴⁹ Pero esa tesis, que incluyó algunos argumentos que posteriormente pudieron resultar coincidentes con las posiciones anticomunistas desarrolladas por las derechas, surgía de una organización que, en el caso del APRA de esos años iniciales, se consideraba —y era considerada por los otros— de izquierda. En ese marco, y desde el exilio, Sánchez fue uno de los dirigentes que más decididamente se propuso que el proyecto aprista se respaldara en el marxismo. En un texto publicado en 1933, escrito en forma de "Carta a una Indoamericana" —la peruana Rosa Arciniegas, que le pedía precisiones sobre el programa del APRA— para esclarecer "los fundamentos teóricos de nuestra doctrina y los postulados básicos de nuestra acción", Sánchez basaba su exposición en citas de Engels, Lenin, Bujarin, Trotsky y el Marx de **El Capital**. Del conjunto de esas referencias, convenientemente integradas en un discurso que postulaba la originalidad de la organización política peruana, surgía que "en la acción antiimperialista del aprismo, por primera vez se perfila en América un movimiento revolucionario con teoría revolucionaria".⁵⁰ Y en su **Dialéctica y Determinismo** de 1938, se apoyaba en la "adecuación de la teoría de la relatividad de Einstein al materialismo histórico de Marx" esgrimida poco antes por Haya de la Torre, para establecer que en América Latina, por vía de un ejercicio de realismo dialéctico hegeliano-leninista, sólo el aprismo encarnaba un marxismo antidogmático y situado en las circunstancias específicas (relativas a su "espacio-tiempo histórico") del continente.⁵¹

Pero ese "momento marxista" de Sánchez, que aparece difuminado como tal en su **Testimonio Personal**, daría paulatinamente paso a encuadres más y más moderados, hasta acabar silenciado por un liberalismo democrático que incluía posturas típicas de los intelectuales anticomunistas de la época de la Guerra Fría. Es ése el prisma ideológico que predomina en sus memorias. No en vano aparecen allí expuestas detalladamente las actividades de Sánchez en el Congreso por la Libertad de la Cultura, la organización internacional de intelectuales nacida en la segunda posguerra para denunciar los peligros del "totalitarismo soviético" y confrontar con sus epígonos en el mundo, y que tuvo efectivamente en el peruano a uno de sus más decididos impulsores en América Latina.⁵² Sánchez se había opuesto vehementemente a las tratativas que varias de las principales figuras apristas en el exilio habían llevado a cabo a comienzos de los años '50 para obtener la colaboración de Perón en el combate contra la dictadura de Manuel Odría en el Perú (ese fue uno de los principales diferendos ideológicos con Manuel Seoane). Y si el golpe de estado que desalojó al presidente argentino del poder en 1955 abrió un proceso en el que muchos de sus opositores intelectuales y políticos cuanto menos morigeraron el encono que le habían profesado, en 1969 numerosos pasajes del **Testimonio Personal** confirman el cerril antiperonismo de Sánchez.⁵³ Esa manifiesta hostilidad es congruente en sus memorias con la que en reiteradas ocasiones pone en evidencia frente al mundo de las izquierdas. Por caso, no duda en recordarse en 1958 como uno de los dirigentes apristas "más decididos en solicitar la segregación de unos treinta militantes que, atraídos por los comunistas, se hallaban en plan subversivo"⁵⁴ (de la expulsión de ese núcleo surgiría el llamado APRA Rebelde, luego transformado en Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR). Y rememorando lo ocurrido poco después, se enorgullece de haber permanecido imperturbablemente al margen del huracán de simpatías generado por el acontecimiento Revolución Cubana:

Puedo afirmar ahora, al cabo de casi un decenio, que fui y soy de los que no sintieron ningún entusiasmo por Castro ni por su "revolución" (...) Se lo había anticipado a Arciniegas desde comienzos de 1959. Ningún rasgo de la "revolución" de Castro, a partir del 10 de enero de 1959, anunciaba otra cosa que una tiranía criolla al servicio de

49 Paulo Drinot, "Crole Anti-Communism: Labor, the Peruvian Communist Party, and APRA, 1930-1934", **Hispanic American Historical Review**, Vol. 92, n° 4, 2012.

50 Luis A. Sánchez, "Carta a una Indoamericana. Cuestiones elementales del aprismo" [1933], reproducido en **La vida del siglo**, *op. cit.*, pp. 373 y 376.

51 "Reconociendo la penetración hasta hoy insuperada del análisis marxista y su realismo, importa, por encima de todo dogmatismo, la vigencia del tiempo histórico, la fuerza de la dialéctica, la elocuencia decisiva de los hechos". Luis A. Sánchez, **Dialéctica y Determinismo. La Revolución y el Individuo**, Ercilla, Santiago de Chile, 1938, pp. 69 y 92. La noción de "Espacio-tiempo histórico" había sido introducida por Haya en su "Sinopsis filosófica del aprismo", que se reproducía también en el libro de Sánchez.

52 Karina Jannello, **Intelectuales, revistas, redes editoriales y Guerra Fría. El Congreso por la Libertad de la Cultura en Argentina y América Latina**, Tesis de maestría, IDAES, Universidad de San Martín, Buenos Aires, 2011.

53 Por ejemplo cuando narra una novedad que lo sorprende en Milán, en un encuentro del Congreso por la Libertad de la Cultura: "A la mañana siguiente nos disponíamos a bajar para tomar el desayuno, cuando a media escalera, subiendo de prisa a nuestro palomar, tropezamos con Mañach: 'Luis Alberto, Luis Alberto, la gran noticia: cayó Perón'. Nos abrazamos entusiasmados"; o cuando rememora a Seoane en el momento de su muerte: "Con Manolo habíamos compartido tantos días, tantas aventuras (...) estuvimos presos juntos, discutimos y discrepamos tanto como coincidimos. Por eso, siempre que evoco la figura inolvidable del 'Cachorro', maldigo al dictador Perón, que creó o acentuó las diferencias entre nosotros, que emborrachó de falaces ambiciones la mente de Seoane, que le empujó a un extremismo inútil..." (Luis A. Sánchez, **TP3**, p. 231, y **TP4**, p. 190).

54 Luis A. Sánchez, **TP4**, p. 52.

un sistema y una potencia foráneos. Preferir *ésto a aquéllo* es propio de cada cual. Yo sigo amando la libertad, la libertad con pan y hasta sin él.⁵⁵

En suma, a la par que obtenía creciente respetabilidad en ciertos ámbitos, Sánchez apareció cada vez más extrañado respecto a procesos culturales y políticos de renovación que adquirirían centralidad en el Perú y en América Latina en los años '60 y '70.

A modo de cierre

En una carta de comienzos de 1956, Sánchez le confía a Haya de la Torre que se encontraba escribiendo sus memorias. La ventilación de ese secreto hasta entonces resguardado, surge sólo a partir de que el líder aprista lo anoticiara de su propio proyecto autobiográfico (al cabo nunca concretado):

Cuanto a tus memorias, excelente. Y aquí una confidencia. Hace tres años que vengo escribiendo las mías, diré mejor, reescribiendo, porque, tela de Penélope, cada seis meses encuentro horrible lo hecho y lo destruyo, empero ya estoy sintiéndome satisfecho de varios capítulos. Sé que necesitan afeitada y quedarán presentables.⁵⁶

Ya en el primer párrafo del volumen inicial del **Testimonio Personal** Sánchez advierte que lo que allí se narra “es un conjunto de imágenes, de juicios, de impresiones y retratos tal como se presentaron en el recuerdo del autor, sin otro orden que el vivencial de su capricho”.⁵⁷ Y sin embargo, a despecho de esa declaración que da a entender un tipo de narración ordenada según el libre fluir de una conciencia, sus memorias parecen distinguirse del modo de producción habitual de sus textos. Usualmente, Sánchez escribe y publica casi de inmediato, y sólo corrige o reescribe sobre o a partir de lo ya editado. Según él mismo cuenta, por ejemplo, su **Literatura Peruana**, que publica en cinco volúmenes en 1966, es fruto del largo trabajo de actualización y reescritura de materiales que venía publicando desde que en 1921 ve la luz su primer libro, **Los Poetas de la Colonia**.⁵⁸ Y el continuo retorno sobre otros varios temas, por ejemplo los sucesos de la historia del APRA, se plasma también rápidamente en sucesivas publicaciones.

Las memorias de Sánchez, en cambio, no fueron ni el resultado de la pura hilación espontánea de recuerdos, ni un producto escrito y editado con el vértigo que le era usual. Muy al contrario, según se desprende de la carta a Haya de la Torre, parecen haber comenzado a ser escritas hacia 1953, y sólo empezaron a publicarse dieciséis años después.⁵⁹ Esa infrecuente demora representa una anomalía dentro de las prácticas intelectuales de Sánchez, y sugiere una escritura sometida a una vigilancia extraña al resto de su producción. “Tela de Penélope”, ensayo comenzado, destruido y recomenzado reiteradamente hasta su versión definitiva, lejos del registro llano y automático el **Testimonio Personal** parece haber sido el corolario de un proceso controlado de composición. Si estas memorias fueron entonces el fruto diferido de un trabajo silencioso y meditado, ¿qué puede indicarnos que hayan visto la luz en la coyuntura de 1969? En ese entonces, el APRA acababa de recibir un duro revés político. El golpe de estado del general nacionalista Velasco Alvarado de octubre del '68 no sólo había coartado

55 Luis A. Sánchez, **TP4**, pp. 81-82.

56 Luis A. Sánchez a Víctor R. Haya de la Torre, 16 de enero de 1956, en Luis A. Sánchez y Víctor R. Haya de la Torre, **Correspondencia**, Vol. 2, *op. cit.*, pp. 280-281.

57 Luis A. Sánchez, **TP1**, p. 11.

58 En 1928 había publicado un primer tomo de **La Literatura Peruana**, y un año después el segundo, que comprendía hasta 1800. Luego edita otros trabajos y tomos sobre la materia. Pero sólo al aproximarse el cuarto centenario de la Universidad de San Marcos escribe “de prisa, y sin materiales adecuados, con vehemencia, con sinceridad, con pasión y a veces sin mucha exactitud, lo que faltaba para completar el panorama abarcado”. Los seis tomos resultantes se publican en Buenos Aires en 1950-51 por la editorial Guaranía de su amigo Natalicio González. La de 1966, que edita en Lima, es una versión “corregida y adicionada” de esa obra. Pero puesto a hacer entonces un repaso de la historia de esa empresa, aún cree que “la nueva edición, que mi optimismo hace próxima, será más completa y correcta”. Luis A. Sánchez, “Historia de un libro”, en **Pasos de un peregrino son errante...**, Lima, Talleres Gráficos P. L. Villanueva, 1968, pp. 324 y 325.

59 Un “fragmento de un memorial que ya se encuentra en marcha”, tal el modo en que lo presentó, se publicó a modo de adelanto en 1962 a pedido del norteamericano Robert McNicoll en **The Journal of Interamerican Studies**. Cfr. Luis A. Sánchez, “Cómo vivía un escritor desterrado”, reproducido en **Pasos de un peregrino son errante**, *op. cit.*



sus renovadas aspiraciones de llegar al poder en las elecciones que se realizarían al año siguiente, sino que al apropiarse de muchas de sus banderas históricas dejaba al movimiento de Haya de la Torre marginado y falto de iniciativa. En ese contexto, la situación para Sánchez en San Marcos, donde cumplía su tercer mandato como rector, se tornó irrespirable. Asediado por numerosos grupos de izquierda y carente de apoyos, a pesar de una tenaz resistencia personal se vio obligado a dar un paso al costado en enero de 1969. Su salida de ese sitio para él tan significativo fue acompañada de homenajes y repasos de su trayectoria en casi todos los diarios y revistas del país. “Asistí a mi propio sepelio sin haberme muerto”, escribirá.⁶⁰ Puede entonces conjeturarse que la decisión de Sánchez de publicar sus memorias en el curso de ese año haya sido incentivada por las circunstancias vitales que atravesaba. La travesía americana del **Testimonio Personal** vino quizás a querer funcionar como refugio compensatorio ante la pérdida de gravitación política e intelectual de su autor.⁶¹ El título del tomo dedicado a reconstruir los avatares de esos años, “El Descanso del Guerrero”, sugiere un momento de balance y revisión de los logros alcanzados en su trayectoria. Pero si todo esto es cierto, lo es también que Sánchez no cejó en su espíritu empeñoso, y hasta el momento de su muerte, 25 años después, continuó escribiendo, publicando, e involucrándose afanosamente en la vida pública.

60 Luis A. Sánchez, **TP5**, p. 153.

61 A propósito del americanismo de Sánchez, el subtítulo del **Testimonio Personal**, “Memorias de un peruano del siglo XX” —y no “Memorias de un americano del siglo XX”, que se ajusta mejor al contenido de la obra—, acaso sea también en alguna medida deudor del clima político y cultural nacionalista que siguió al golpe de Velasco.

Certificações e Incertezas

Jorge Amado e suas memórias

Maria Alice Rezende de Carvalho*

A mais recente edição brasileira de **Navegação de cabotagem**,¹ livro de memórias de Jorge Amado publicado originalmente em 1992, contém uma extraordinária seleção de fotografias do autor, produzidas em diferentes datas e situações. Uma delas — a única, na seleção, com esse predicado — corresponde exatamente ao momento em que aquele livro era elaborado e merece, por isso, um comentário, pois não apenas descortina aspectos do seu processo de produção, como também concorre para tornar persuasivo o argumento deste ensaio.

Na foto em questão, o autor está sentado à sua mesa de trabalho, tendo atrás de si uma parede em que foram colados pequenos pedaços de papel de igual tamanho, contendo ementas, textos breves, retalhos da história que será narrada. Sobre a mesa repousam a máquina de escrever, uma taça de vinho, laudas espalhadas e algo como uma bolsa, ou uma pasta, próxima ao dorso de Jorge Amado. Ele parece não se dar conta de que está sendo fotografado e gesticula para um interlocutor oculto, situado do outro lado da mesa, além do corte da foto. O enquadramento é conhecido demais para que não se mencione o efeito que dele se espera. Utilizado pela primeira vez por Diego Velázquez, tal enquadramento é o que se encontra na tela intitulada “Las meninas”, de 1656, na qual os olhos dos personagens retratados miram alguém ou alguma coisa fora do espaço pictórico, produzindo o efeito de transformar sucessivas gerações de espectadores em participantes da Corte espanhola. Ao ser fotografado em posição análoga à da Infanta Margarida, isto é, olhando do centro da cena para alguém posto além do limite do quadro, Jorge Amado parece convidar seus leitores para uma conversa pessoal, um contato mais próximo, conduzido em seu escritório.

Bem observada, a fotografia que ilustra o processo de elaboração das memórias de Jorge Amado se divide em dois principais espaços. A parte superior da foto é dominada pelo princípio de simetria, expresso na repetição dos recortes de papel afixados em toda a parede, até o teto; é fragmentada e clara. A parte de baixo contém Jorge Amado e sua mesa de trabalho, a qual se estende até a margem inferior da foto e preenche organicamente a distância que separa o autor do suposto interlocutor; é cerrada e escura. Há, pois, na composição, dois ritmos, duas tonalidades, dois movimentos antagônicos: o que aponta para baixo, para o comércio de Jorge Amado com seu público, e o que aponta para cima, para o conjunto de registros dispostos como verdadeiras gavetas na oficina de um artesão. E a tensão que esse antagonismo impõe à cena, impedindo que o olhar do espectador se fixe em qualquer dos espaços, serve à hipótese de que o núcleo contraditório da sensibilidade de Jorge Amado reside exatamente nessa dinâmica entre popularidade e maestria.

A popularidade de Jorge Amado se mede pelos milhões de livros vendidos em 48 idiomas e dialetos;² pelos prêmios nacionais e internacionais que recebeu; por seus títulos honoríficos, medalhas e diplomas; pela proeza de ter sido eleito deputado federal pelo Estado de São Paulo, participar, nessa condição, da Assembleia Constituinte de 1946 e, décadas mais tarde, ser convidado por Afonso Arinos a integrar a Comissão Provisória de Estudos Constitucionais para elaboração do anteprojeto da Constituição de 1988;³ pelas várias adaptações de alguns de

* Pontifícia Universidade Católica do Rio de Janeiro (PUC, Rio)

1 Jorge Amado, **Navegação de cabotagem. Apontamentos para um livro de memórias que jamais escreverei**, São Paulo, Companhia das Letras, [1992] 2012, 508 pp. ilustr.; posfácio de Ledo Ivo.

2 A intensidade do êxito de Jorge Amado é objeto de controvérsia, pois é conhecido o prestígio político do autor junto à estrutura do PCUS, atribuindo-se a isso o sucesso de seus livros durante a guerra fria. Sobre o tema, ver Marcelo Ridenti, “Jorge Amado e seus camaradas no círculo comunista internacional”, **Sociologia & Antropologia**, vol. 1, n° 2, pp.165-194.

3 A Comissão Provisória de Estudos Constitucionais, presidida por Afonso Arinos de Melo Franco, foi composta por um grupo de 50 intelectuais e encarregada de elaborar o Anteprojeto Constitucional para a Constituição brasileira de 1988. A Comissão foi